

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 2 DE ENERO DE 1922

Nº 19

Estética y Civismo

(Hablando con Mr. Wells).

POR RICARDO BAEZA

MR. WELLS interrumpe nuestro paseo por estos campos que circundan su soledad rural de Easton Glebe y nos invita a tomar asiento a la sombra de un copudo castaño. Sus ojos, de un chispeante azul griseo, se reposan en estas praderas, que una tenaz sequía amarillece, y al cabo se levantan hacia nosotros.

Mr. Wells está preocupado por las polémicas que se han levantado en torno de su último libro «El Salvamento de la Civilización». Súbitamente, le aqueja un amargo pesimismo sobre la inteligencia de sus contemporáneos. En particular los capítulos titulados «La Biblia de la Civilización» han suscitado una tempestuosa controversia. Muchos críticos ingleses no han podido presenciar sosegadamente la exclusión de Shakespeare de esta Biblia ideal, y la inclusión, en cambio, de algunos versos de Henley, y se ha proclamado la herejía literaria de Mr. Wells.

Pero Mr. Wells no se resigna con su sambenito. Ya ha contestado públicamente a algunos de sus censores, y no desaprovecha la ocasión de justificarse también privadamente. Varía sólo el modo. Las contestaciones de Mr. Wells en la Prensa son justamente famosas por su acidez y su acometividad, en tanto que, en privado, jamás se altera un punto el buen humor y la mansedumbre de Mr. Wells, sobre cuyos labios travesea constantemente una sonrisa especiada de malicia.

—Uno de mis críticos—comienza Mr. Wells—se pregunta: «¿Qué puede cimentar la sociedad humana sino un común amor de la belleza?», y me acusa de poner las cosas bellas, como tales cosas bellas, fuera de los materiales de cimentación necesarios para el salvamento social. Pero la base de una comunidad es una idea social común, una común concepción del deber y la justicia; y un común amor de la belleza no ofrece motivos ni métodos para una cooperación social... Además, ¿es que puede existir un común amor de la belleza? ¿Es que la belleza de los demás es mi belleza?... Hablan de Shakespeare y de Sófocles

como del «condensado esplendor del espíritu humano, luminarias eternas del alma», para citar la frase misma de uno de los críticos en cuestión. Perfectamente, no he de discutir el contenido de estas frases, aunque para mí trasciendan demasiado a idolatría. Es indudable que no haber leído a Shakespeare es haber perdido ricas y profundas experiencias, como lo es no haber escalado los Alpes, o visitado Roma, Paestum, Atenas, o contemplado algunas preparaciones microscópicas, o llevado a cabo algunos experimentos físicos y químicos, cosas todas memorables. Pero pretender que el hombre no puede ser un buen ciudadano sin haber pasado por ellas, me parece, sin paliativos, una formidable simpleza. Las necesidades primarias de una sociedad son justicia y cooperación; tanto val-



HERIBERTO G. WELLS

dría edificar un Estado sobre la Estética como sobre la hermosura del sol poniente...

Y Mr. Wells tiende la mano hacia el horizonte, incendiado de una suave tinte rosarina.

—Hay también, prosigue— quien dice que ignora las leyes de la reconstrucción económica, y que ésta debe anteceder al proceso de educación. Pero, en realidad, la reconstrucción económica y la educación están entrelazadas, y viven en una inseparable reacción. La ciencia económica es simplemente el estudio de las ideas de trabajo y propiedad en acción. Y las ideas son las que hacen los hechos económicos, y no éstos los que producen las ideas: equivocación fundamental de Karl Marx...

Y, un momento. Mr. Wells parece colgarse de las barbas obsesionantes del Mesías comunista.

—Otros me echan en cara que no adopte posiciones en esta condenada cuestión irlandesa. Pero es que, a mi juicio, ninguna de las dos partes tiene razón. Mejor dicho, ambas están irremediabilmente equivocadas. En total, creo que el Nacionalismo es todavía peor que el Imperialismo. Como socialista, niego el derecho a hincar los pies en tierra y gritar: «¡Esto es mío! ¡Fuera de aquí!» Y no acabo de comprender la mentalidad que se entusiasma por el nacionalismo irlandés, o egipcio, o indostánico, y se enfurece contra el nacionalismo francés o italiano: unos y otros el mismo lamentable tejido, con diferentes colores... Todas estas ideas, que inevitablemente conducen al derramamiento de sangre, hay que fundirlas con más amplias concepciones de obligación política y moral. Y si para ello será más útil enseñar a los niños las bellezas de Sófocles o la historia de la humanidad, es extremo que abandonaremos a la consideración de esos críticos descontentadizos, ¿no le parece a usted?

Y tornamos silenciosamente hacia Easton Glebe, rumiando, a pesar de la dulzura del crepúsculo, las espinosas cuestiones suscitadas por Mr. Wells. Pero, ¡ay!, que apenas es permitido al periodista espigar de tarde en tarde las ideas, sin que se le consienta siquiera emprender el cribado y la molienda...

Londres, julio.

(El Sol, Madrid.)